







Y vio que la aristocracia hacia un edi- ficio sombrío que tenia unas ventanas cuadradas con rejas; la co- lona del marfil no sonaba a deber. Los señores otros leyes que nuestros os- edificados en todas las partes del mundo, y como las ciudades mas lindas del mundo, y como las ciudades mas lindas del mundo, y como las ciudades mas lindas del mundo, y como las ciudades mas lindas del mundo...

Y vio que la aristocracia hacia un edi- ficio sombrío que tenia unas ventanas cuadradas con rejas; la co- lona del marfil no sonaba a deber. Los señores otros leyes que nuestros os- edificados en todas las partes del mundo, y como las ciudades mas lindas del mundo, y como las ciudades mas lindas del mundo, y como las ciudades mas lindas del mundo...

encerraba las jóvenes coronadas de ro- sas. «Mira, la dijeron, «Nosotras esta- mos siempre a tu lado. Pertenece a todos los países, y en todas partes somos libres y felices; ven con nosotras.» «¿Tras?» replicó Hertha: «¡qué! ¡men- tis! Vuestras mejillas parecen frescas por el afeite que las cubre y las flores con que os adornáis son puro artificio, des- embriándose en vuestra alegría una con- tinua inquietud. ¡Oh! hermanas mías, vosotras teméis a la vejez y a la muerte... yo no las tengo miedo. En medio de mis sufrimientos siento en ellos algo de gran- de y sublime y mis deseos en nada se parecen a los vuestros. Quiero mejor morir desgraciada que vivir en la dicha que gozáis. Yo lloro y vosotras sonreís, y sin embargo, pobres hermanas mías, os compadece.»

La correspondencia de España. vadian la casa de su padre; veíalas alzarse cada vez mas terribles apoderándose de otras cosas; las campanas tocaban, el tambor resonaba y a los gritos de horror y desesperación de la multitud, se unían las palabras: ¡fuego! ¡incendio! que resonaban fatidicamente en sus oídos. Una angustia espantosa se apoderó de ella, porque creía ser todo aquello obra suya, y se preguntaba cómo podía forjar- se todo aquello en sueños, si no era mas que una ilusión. Fatigada ya, quiso des- pertarse, luchó con la pesadilla que la oprimía, y por último abrió los ojos...

«¿Qué me pides?» dijeron los sabios. «Es un ser humano que busca la emancipación de una gran porción de la humanidad que se halla oprimida.» «¿Qué tenemos que ver con eso?» di- jeron los sabios meneando la cabeza. «En qué nos concierne esa cuestión? ¿Cómo se atreve a turbar con cosas tan vulgares los debates de una Asamblea ocupada de la barba de Thersito? ¡Eso es el colmo de la audacia! ¿Que se despidan a ese ser humano; nada tiene que hacer aquí!»

Despedida de este modo fué a llamar a la segunda Cámara. Hallábase en aquel momento profun- damente ocupada de la cola de una nueva especie de ratones, y tan absorbida en aquel nuevo descubrimiento, que respon- dió con impaciencia a Hertha: «Que yo tenia tiempo para ocuparse de las palmas, y que debía dirigirse a los le- gisladores y hombres de Estado, a quié- nes incumbía aquel negocio.» Hertha se presentó a la tercera Cáma- ra, donde tenian asiento los legisladores y hombres de Estado, pero se ocupaban entonces de la cuestión de Oriente y de las cuatro garantías y contestaron a la petición de Hertha: «Que estaban ocupa- dos en una cuestión de un interés vital para el mundo, y no tenían tiempo para ocuparse en negocios de mujeres.» Y la mandaron a la Asamblea de las señoras.

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA. «¿Qué me pides?» dijeron los sabios. «Es un ser humano que busca la emancipación de una gran porción de la humanidad que se halla oprimida.» «¿Qué tenemos que ver con eso?» di- jeron los sabios meneando la cabeza. «En qué nos concierne esa cuestión? ¿Cómo se atreve a turbar con cosas tan vulgares los debates de una Asamblea ocupada de la barba de Thersito? ¡Eso es el colmo de la audacia! ¿Que se despidan a ese ser humano; nada tiene que hacer aquí!»

en el cuidado de la casa. Tenemos bas- tante que hacer, y no vengais a enojar- nos con vuestros cuentos de viejas.» «No hay, según eso, nadie en el mundo», exclamó Hertha asombrada, que pueda comprenderme? «¡Id a Francia», replicaron las me- tronas. «Los franceses son las gentes mas cultas del mundo, y además les gustan las revoluciones. Probad allí. Pero lo mejor que podiais hacer era volveros a vuestra casa, haceros vuestras medias con la aguja, y en el tiempo que os que- dará sobrante ir a la iglesia a oír un ser- mon.» Hertha se trasladó a París con la rapi- dez del pensamiento, y halló en el tal ruido y movimiento, que se trastorna- ron por completo. Era el momento de la gran exposición universal, y todo el mundo se precipitaba en ir a ella. De todos aquellos hombres reunidos, una parte de ellos cantaba y se pregun- taba qué sería lo que beberían y comerían, y cómo podían divertirse mejor, mientras los demás estaban reunidos en consejo para buscar los mejores medios de guerra y destrucción, y distribuir re- compensas a los que inventaran otros nuevos. Iban precisamente a recompensar a un hombre que habia inventado un género de bombas explosivas, con una de las cuales debía segarse un regimiento en- tero, siendo tal el entusiasmo que habia producido aquel descubrimiento, que se quería acuñar una medalla para immo- talizar al autor. La asamblea propu- so a Hertha hacerla ciudadana fran- cesa si quería contribuir para la medalla; pero como no era aquel el objeto que la llevaba a aquella capital, cuando hubo manifestado la idea que conservaba guardada en su corazon, la respondi- ron sonriendo que no tenían tiempo para ocuparse de semejantes cosas, y saludán- dola graciosamente y protestando que las damas gobernaban el mundo y que eran potentes por sus encantos, de pron- to oyó grandes hurras por la reina de In- glaterra, que entraba entonces en París, contestando los franceses con un toast fraternal a sus buenos amigos los in- gleses. Hertha se acordó en aquel momento de haber oído hablar a empre de Ingle- terra como del verdadero país de la hu- manidad, y se marchó allí. Al llegar, su espíritu se sintió fortalecido por un se- plo potente, y vio que el árbol de la li-